

# NEW LEFT REVIEW 130

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2021

## ENTREVISTA

GUILHERME BOULOS Las luchas de los sin techo 8

## ARTÍCULOS

ADAM HANIEH Imperio petroquímico 29

MAY INGAWANIJ *Noir* filipino 59

DAVID HARVEY Proporción y magnitud 79

## CRÍTICA

JOEL ANDREAS Sendas no seguidas III

ROHANA KUDDUS Cómo explicar a Jokowi 123

DAVID SIMPSON Ir al grano 135

BEN JACKSON Titmuss en su tiempo 143

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
traficantes de sueños



John Stewart, *Richard Titmuss: A Commitment to Welfare*,  
Bristol, Policy Press, 2020, 600 pp.

BEN JACKSON

## TITMUSS EN SU TIEMPO

Los historiadores han mantenido en ocasiones una tensa relación intelectual con las ciencias sociales, puesto que el ascenso de estas últimas a menudo se presentó como un intento de mejorar el modo de explicación «meramente» histórico. En los últimos tiempos, los historiadores han comenzado a cambiar las tornas a medida que se han puesto a escribir la historia de las ciencias sociales, un floreciente campo que sitúa las aspiraciones universalistas de las figuras pioneras de las mismas en su momento y lugar originales. En el caso de Gran Bretaña, donde desde hace mucho tiempo se ha desarrollado una tradición específica de investigación social empírica imbricada en la política liberal de izquierda, los estudiosos han seguido los pasos del sociólogo dotado de mentalidad histórica Mike Savage, cuyo libro *Identities and Social Change in Britain since 1940* (2010) animó a la comunidad investigadora a contemplar con nuevos ojos la forma en la que la sociología británica de posguerra había interpretado la enorme cantidad de información recopilada sobre la clase, el género y, cada vez más, la raza. Buena parte de esta labor se ha concentrado en la revisión de la historia social reciente a partir de esas fuentes mediante un proceso que ha puesto en cuestión las conclusiones que la sociología había establecido a partir de sus estudios de, por ejemplo, la vida de la clase obrera. Pero, como ha señalado recientemente Lise Butler en *Michael Young, Social Science and the British Left* (2020), la historia política puede revitalizarse también analizando la relación existente entre las ciencias sociales y el Estado. El periodo de mediados del siglo XX fue un crucial momento de expansión del Estado en Gran Bretaña, como también en otros lugares, lo cual evidenciaba

una nueva confianza en la capacidad del conocimiento experto para gestionar el crecimiento económico y los riesgos sociales.

La nueva biografía, realmente exhaustiva, que John Stewart ha dedicado a Richard Titmuss nos ofrece una excelente plataforma desde la cual contemplar la política del conocimiento experto durante este periodo. Richard Titmuss, autor de una amplia obra, que incluye *Problems of Social Policy* (1950), *The Irresponsible Society* (1960), *Commitment to Welfare* (1968) y *The Gift Relationship: From Human Blood to Social Policy* (1970), desplegada desde su puesto en la London School of Economics, fue pionero en el estudio académico del Estado del bienestar, aunque le desagradara el uso generalizado de este término. Destacado defensor público de una política social más igualitarista, fue también un influyente asesor del Partido Laborista, tanto en la oposición como en el gobierno.

Por supuesto, se ha escrito mucho previamente sobre Titmuss. Además de la considerable bibliografía sociopolítica que ha inspirado su obra, la destacada feminista y socióloga Ann Oakley había liderado hasta ahora el campo biográfico. Como hija de Titmuss, Oakley pudo escribir con autoridad y perspicacia tanto sobre su vida personal como profesional. En dos volúmenes notables, *Man and Wife* (1996) y *Father and Daughter* (2014), Oakley exploró la relación de Titmuss con su esposa Kay y con su independiente hija, resaltando hasta qué punto su éxito público descansaba sobre una distribución del trabajo doméstico y emocional muy atravesada por el género. Kay Titmuss, una trabajadora social dedicada a atender a la población en paro en el momento de su matrimonio, renunció a su carrera para apoyar la de su esposo. Oakley también desmitifica el relato heredado de los primeros años de Titmuss (que fue sobre todo difundido por la propia Kay Titmuss), que enfatizaba sus orígenes sociales humildes. Como documenta Oakley, Titmuss nació en 1907 en el seno de una familia de clase media relativamente estable, que se dedicaba a la agricultura en Bedfordshire y que le envió a una escuela secundaria privada. La granja quebró tras la abolición de los impuestos proteccionistas después de la Primera Guerra Mundial y la familia se mudó a Hendon, en el extrarradio londinense, cuando Titmuss tenía quince años. Se inscribió en un curso de contabilidad, mientras su padre abría un negocio de transporte antes de morir repentinamente en 1926. El joven empleado de una empresa de seguros se convertía a los 19 años en el proveedor económico de la familia, involucrándose con entusiasmo en una amplia serie de intereses políticos e intelectuales en su tiempo libre.

Los estudios de Oakley fueron análisis feministas pioneros sobre la intersección entre lo personal y lo político, pero nunca pretendieron constituir biografías completas que calibraran en su totalidad la vida y la obra de Titmuss. El libro de Stewart, por el contrario, es un encargo de la institución que empleó a Titmuss, la London School of Economics, específicamente de

su Departamento de Políticas de la Salud, y forma parte de una serie sobre los «pioneros de la Política Social en la London School of Economics» (Sally Shear publicó *The Passionate Economist* (2013), una biografía de Brian Abel-Smith, compañero y amigo de Titmuss, en esta misma serie). Basándose en todo el abanico de materiales disponibles, en especial en los papeles personales de Titmuss y en entrevistas con sus antiguos colegas y estudiantes, es la primera biografía histórica completa sobre nuestro autor. Stewart, un destacado historiador sobre las políticas sociales de la Universidad de Glasgow Caledonian, aporta su conocimiento experto para describir el influyente papel de Titmuss tanto en el estudio como en la práctica de las políticas de bienestar social. Además de efectuar nuevas aportaciones sobre los hitos más conocidos de la vida de Titmuss, Stewart arroja luz sobre aspectos de su carrera que hasta ahora habían sido casi totalmente ignorados.

Stewart deja claro desde el principio que su decisión ha sido alejar su trabajo de los aspectos de la vida personal de Titmuss que Oakley ya había explorado. Se trata de una decisión tomada en gran medida, y adecuadamente, a partir de los propios intereses intelectuales de Stewart por la historia de las políticas sociales y basada en su certeza de que no tendría demasiado que aportar a lo que ya había escrito Oakley (queda claro en los agradecimientos que Stewart y Oakley han sido interlocutores amistosos durante la escritura de esta biografía y que Stewart se basa en las conclusiones de Oakley para reconstruir los primeros años de la vida de Titmuss). Pero también hay diseminadas en el libro pistas que apuntan a su preferencia por contextualizar la vida personal de Titmuss como la típica de un varón de su generación y por matizar el relato que hace Oakley de la vida de sus padres, enfatizando el compañerismo existente en su matrimonio. El resultado es un retrato de Titmuss, equilibrado, en tanto que figura pública, pero en último término favorable, que proporciona una visión panorámica de una carrera notable. Stewart es minucioso a la hora de plantear las diferentes perspectivas sobre la obra de su biografiado, algunas de ellas bastante críticas, pero el efecto general es destacar la magnitud de los logros de Titmuss. Como su libro demuestra, a este le gustaba navegar las tensiones existentes entre los diferentes papeles que asumía, el de académico, el de crítico social o el de asesor de partido, pero queda claro en el análisis de Stewart que, en algunos momentos, fue difícil compaginar todos ellos. La carrera de Titmuss fue sin duda notable, pero también un ejemplo de las frágiles bases sobre las que se fundamentaba este tipo de conocimiento experto. A partir de las pruebas que amasa Stewart, pueden extraerse conclusiones más sombrías.

En un contraste casi surreal con el actual mercado de trabajo académico, es de sobra conocido que Titmuss fue nombrado en 1950 profesor de Administración Social en la London School of Economics sin haber obtenido el doctorado, ni haber tenido experiencia docente previa. En aquel

momento, por supuesto, era algo mucho menos sorprendente de lo que sería ahora. Como muestra Stewart, Titmuss había conseguido en todo caso sus galones como investigador social independiente durante las décadas de 1930 y 1940, construyendo una influyente obra sobre política demográfica a la vez que conservaba su trabajo en la compañía de seguros County Fire Office. A sus escasos veinte años Titmuss era ya un miembro activo del Partido Liberal y un participante entusiasta en la Eugenics Society. Esto no es tan paradójico como pudiera parecer, puesto que, en aquel momento, buena parte de la izquierda liberal proponía de buen grado políticas dirigidas a mejorar la «adecuación» de la población.

Un momento clave dentro de la Eugenics Society durante los años de entreguerras fue la aparición de una postura revisionista, apoyada por Titmuss, que defendía que los factores ambientales eran tan importantes como los hereditarios a la hora de decidir la «calidad» de una determinada población. En otras palabras, esta forma de eugenesia apoyaba políticas públicas económicamente igualitarias con el argumento de que sin un punto de partida social aproximadamente igual sería imposible determinar con certeza hasta qué punto las diferencias entre los individuos reflejaban cualidades innatas o eran sencillamente el resultado del privilegio social. De hecho, en opinión de Titmuss, no era posible dilucidar si las diferencias de capacidad existentes entre los individuos eran causadas por otro factor al margen de la desventaja social hasta que, ante todo, no se hubiera eliminado la desigualdad de clase. Las opiniones de Titmuss sobre estas cuestiones evolucionaron a lo largo de su vida, pero este fue el punto de partida de su empleo posterior de metáforas biológicas para la caracterización de la solidaridad social y de su utilización rigurosa de la evidencia estadística para detallar la distribución desigual de las ventajas sociales. Stewart señala también que la Eugenics Society le ofreció a Titmuss importantes oportunidades para establecer relaciones sociales. Así fue cómo llegó a conocer a muchas destacadas figuras de las ciencias sociales británicas de la época, especialmente a Alexander Carr-Saunders, el director de la London School of Economics, que después jugaría un papel esencial en su nombramiento como profesor de Administración Social.

En 1941, dada su investigación social previa y a partir los contactos que había hecho en la Eugenics Society, Titmuss recibió el encargo de escribir la historia oficial del desarrollo de los servicios sociales británicos durante la Segunda Guerra Mundial. El resultado fue su libro *Problems of Social Policy* (1950), que sigue teniendo una enorme influencia a la hora de contextualizar la memoria histórica de la guerra en Gran Bretaña. Titmuss se centró en el impacto de los bombardeos alemanes y la evacuación de la población civil sobre el desarrollo de los servicios médicos y sociales, componiendo un alegato históricamente minucioso sobre cómo la experiencia de la guerra

en el frente doméstico impulsó la solidaridad social y el apoyo del Estado a suministrar un bienestar universal y de calidad a su ciudadanía. En el análisis de Titmuss, la experiencia de la guerra trajo consigo una transfiguración moral en la que «el estado de ánimo del pueblo cambió y, a modo de respuesta empática, los valores también cambiaron». A lo largo de los años, esta interpretación de la guerra británica como un momento de promoción de las políticas de bienestar social ha sido cuestionada parcialmente por la historiografía. Recientemente, la obra revisionista de David Edgerton, *The Rise and Fall of the British Nation* (2018) se propone explícitamente revisar la narración ahormada en el análisis de Titmuss, negando que las reformas de los servicios sociales de la década de 1940 fueran tan novedosas como se recuerdan y señalando la enorme importancia del gasto militar y científico que constituyó a Gran Bretaña como un Estado «bélico» (*warfare state*) y no tanto como un Estado del bienestar (*welfare state*). Es sin duda correcto mostrar escepticismo ante la percepción de la década de 1940 que nos presenta Titmuss como el momento que la sociedad británica se unió moralmente; sabemos que la conciencia de clase se exacerbó con la movilización bélica, en lugar de mitigarse. Pero Titmuss también planteaba una cuestión menos excelsa: que la consecución exitosa de una guerra total requiere la participación voluntaria de la población civil y que, por esa razón, el Estado está obligado a cuidar de su ciudadanía de maneras nuevas. En ese sentido, Titmuss percibió también la estrecha vinculación existente entre *warfare* y *welfare*.

Como afirmaron con claridad sus escritos posteriores, Titmuss no consideraba que el acuerdo sobre las políticas de bienestar social de la década de 1940 fuera en ningún sentido un punto de reposo satisfactorio. Su frase tantas veces citada de que la creación del National Health Service en 1948 fue «una de las acciones más carentes de mezquindad [*unsordid*] y más civilizadas de la historia de las políticas de salud y bienestar» es de hecho agradablemente moderada cuando se contrasta con otras formas de lenguaje utilizadas por otros autores para referirse a las virtudes morales del NHS (Ese extraño término, *unsordid*, había sido empleado anteriormente por Churchill para alabar la aprobación de la *Lend-Lease Act* por Roosevelt en 1941). Aunque a Stewart no le resulta fácil señalar exactamente el momento en el que Titmuss abandona formalmente su liberalismo juvenil, es evidente que a finales de la década de 1940 su compromiso con las formas más colectivistas del bienestar social encajaba claramente mejor con el Partido Laborista de Attlee que con un Partido Liberal, que en 1951 ya dependía de que los conservadores se hicieran a un lado para poder retener buena parte de sus escaños en la Cámara de los Comunes.

Después de su nombramiento en la London School of Economics, Titmuss se convirtió en un afamado analista de las políticas sociales, remodelando el Departamento de Administración Social para que encajara con

las nuevas exigencias tecnocráticas de las ciencias sociales de posguerra (ya se ha mencionado que Titmuss sentía ambivalencia hacia el propio término de Estado del bienestar, que escribió entre comillas en el título de su obra de 1958, *Essays on the «Welfare State»*). Como señala Oakley, el liderazgo de Titmuss en el Departamento le enfrentó con la tradición establecida en torno a la enseñanza de las políticas sociales en la London School of Economics, que se adhería a una metodología anterior de trabajo social, predominantemente impartida y estudiada por mujeres. Oakley retrata este momento como una batalla por el poder académico y el estatus entre Titmuss, que quería construir un departamento moderno centrado en la investigación, y un grupo de mujeres, especialmente la veterana decana en el campo del trabajo social Eileen Younghusband, predecesora de Titmuss en la London School of Economics, que se hallaban volcadas en la formación vocacional del trabajo social como la tarea central del Departamento. Stewart no está tan convencido como Oakley de que este episodio deba entenderse principalmente a través de las lentes del género. Señala, por ejemplo, que Younghusband procedía de un entorno aristocrático, sugiriendo así que las diferencias de clase podrían haber jugado un importante papel en atizar esta disputa.

Sin embargo, la lectura de la detallada exposición, golpe a golpe, que hace Stewart de esta batalla departamental, nos deja con una pregunta más general: ¿cuál era concretamente la filosofía subyacente del tipo de política social que defendía Titmuss? Stewart señala que, si bien es casi un cliché lamentarse de la falta de implicación teórica de Titmuss, este sí tenía de hecho una cosmovisión discernible. Stewart coloca correctamente a Titmuss en un dilatado linaje de comunitaristas británicos liberales y de socialistas éticos, entre los cuales descuella R. H. Tawney, quienes entendían que alcanzar la libertad individual dependía de una acción colectiva más amplia contra la pobreza y la desigualdad generada por un mercado desbocado. Pero debemos añadir a esta visión normativa un compromiso mayor, más estrictamente sociológico, que contribuyó también a la teoría de las políticas de bienestar social de Titmuss. Su visión de la investigación social fue, en algunos aspectos, claramente positivista. Pero además del empleo sistemático de datos estadísticos, su obra posterior se basó en un análisis sociopsicológico de las presiones profundas que las sociedades modernas imponían sobre los individuos. Esta perspectiva parece haber sido influida por la sociología de Durkheim en la medida en que Titmuss consideraba también que el capitalismo moderno se caracterizaba por una especialización creciente de la división del trabajo, lo que hacía que los individuos fueran cada vez más interdependientes y vulnerables. Un rasgo especial de esta sociedad era una trayectoria vital ligada a procesos competitivos de selección meritocrática para alcanzar el estatus social y la existencia de amplios periodos al inicio y al final de la vida situados al margen del mercado laboral y, en el caso

de las mujeres, mientras sus criaturas eran pequeñas (aquí Titmuss reflejaba la premisa de género predominante en la clase media del momento). Justamente porque este tipo de sociedad moderna priorizaba el crecimiento individual, sostenía Titmuss, también adquiriría una enorme conciencia de los costes del fracaso individual y se mostraría más preocupada por cómo costearlos. Ello se aplicaba especialmente a la esfera de la sanidad, respecto a la cual Titmuss argumentaba que el vertiginoso progreso científico de la medicina (y, en su planteamiento, una correlativa «conciencia creciente de que puede evitarse el dolor» por parte de la sociedad en general) había aumentado significativamente la relevancia política del acceso a la provisión de asistencia médica. Como es bien sabido, Titmuss creía que un modelo universalista de política social ofrecería un alivio a estas tensiones, porque ayudaría a disminuir el estigma social y crearía coaliciones de apoyo político que impulsarían continuamente el nivel de los servicios públicos en lugar de relegarlos a redes de seguridad destinadas a la población pobre y marginada. Titmuss fue también un crítico feroz de la manera en que las prestaciones profesionales privadas se combinaban con un tratamiento fiscalmente favorable de las mismas conducente a un régimen de bienestar social dotado de mayores privilegios para quienes desempeñaban tareas de gestión o altas responsabilidades administrativas.

Titmuss desplegó otro poderoso argumento a favor del universalismo. En su opinión, las formas complejas de la interdependencia social suponen que no sea sencillo saber dónde radica la responsabilidad de muchas de las penurias de la vida moderna. «¿Quién debería asumir los costes sociales de los bebés medicados con talidomida, del deterioro urbano o de la obsolescencia de las cualificaciones, de la automatización, del impacto sobre el campesinado brasileño del café sintético que eliminará la necesidad de recolectar café?» escribía en uno de los primeros números de la *New Left Review*. Dada la prohibitiva complejidad de establecer la responsabilidad de estas desgracias, Titmuss defendía que, mejor que dejar que los costes se asumieran allí donde se produjeran, lo que consideraba un planteamiento del problema anticuado y victoriano, el Estado debería compensar a la ciudadanía proporcionando servicios universales asignados de acuerdo con las respectivas necesidades. Sin embargo, lo sorprendente es que, como bien demuestra Stewart, Titmuss de hecho no era partidario de un sistema de bienestar universalista puro. Titmuss, y algunos de sus más íntimos aliados como Abel-Smith, siempre sostuvieron que ellos apoyaban una combinación de elementos universales y selectivos en el seno del Estado del bienestar.

Una de las contribuciones más importantes del libro de Stewart es deconstruir este aspecto del pensamiento de Titmuss y relacionarlo con su implicación en la tarea práctica de diseño de políticas públicas cuando el Partido Laborista regresó al poder en 1964. El gobierno de Wilson supuso el



punto álgido de la influencia política de Titmuss, momento en el que fue un asesor respetado de varios ministros laboristas fundamentales, recibiendo en 1966 la Orden del Imperio Británico por su trabajo, mientras que Abel-Smith era nombrado asesor oficial. Stewart se resiste a admitir que, debido a estas relaciones políticas, Titmuss se volviera más conservador, pero hay indudablemente un claro contraste entre el Titmuss de los primeros capítulos, un liberal radical que ataca al gobierno nacional en Abisinia, que hace campaña contra la política de apaciguamiento y a favor del frente popular, y el Titmuss de la década de 1960, que estaba políticamente implicado en el gobierno de Wilson y que guardó silencio sobre la mayoría de los temas de la agenda internacional del momento. Este periodo sin duda señaló el distanciamiento entre Titmuss y la New Left, que previamente tenía razones para considerarlo un crítico afín de las desigualdades de poder y riqueza características del capitalismo de mediados del siglo XX. En buena medida, Titmuss salió a jugar en el equipo de gobierno de Wilson durante los años siguientes, aunque se opuso públicamente a la Guerra de Vietnam y a las tergiversaciones respecto a ella protagonizadas por este.

Un incidente emblemático, no directamente relacionado con el gobierno laborista, fue el posicionamiento sin ambages de Titmuss a favor de las autoridades universitarias durante las protestas estudiantiles en la London School of Economics durante los años 1967-1969, una posición que Stewart atribuye en parte a su lealtad a la institución y en parte al desacuerdo ideológico con el estilo marxista de la teoría social. Titmuss era miembro del comité de selección que, inmediatamente después de la declaración unilateral de independencia de la Rhodesia del *apartheid*, nombró a Walter Adams, entonces director del University College de Rhodesia como nuevo rector de la London School of Economics. Titmuss defendió esta elección en los años posteriores a medida que las protestas del alumnado contra el nombramiento crecían, abundaban las medidas disciplinarias y dos docentes que habían defendido a los estudiantes, Nicholas Bateson y Robin Blackburn, eran despedidos.

Se trata de un episodio en el que la óptica del libro de Stewart en tanto que encargo oficial de la London School of Economics puede suscitar preguntas. Stewart trata el tema con clemencia, concluyendo que Titmuss «mostró valor personal y una falta de predisposición a la hora de seguir las modas». Pero el apoyo de Titmuss a la línea dura adoptada por la dirección de la London School of Economics es más reveladora de lo que Stewart admite, puesto que demuestra que a finales de la década de 1960, aunque su postura política pudiera haber sido igualitaria en lo económico, era ya relativamente conservadora en lo que se refiere a la gestión de organizaciones como las universidades u otras agencias públicas. En este mismo periodo, Titmuss dejó claro su desacuerdo con la iniciativa de los grupos radicales implicados en las políticas sociales, que defendían una teoría de los

«derechos del bienestar» capaz de sortear el poder ilimitado depositado en manos de los funcionarios públicos encargados de la gestión de las políticas sociales mediante la introducción de demandas legalmente exigibles sobre los recursos públicos. Aunque su razonamiento sobre este punto no siempre fue claro, parece que Titmuss pensaba que traducir las políticas sociales en la concesión de derechos legalmente exigibles simplemente desplazaría el poder discrecional a los tribunales, limitándose a reubicar el problema de un tipo de funcionariado a otro, lo cual privaría al Estado de la flexibilidad necesaria para ir más allá de una serie de derechos mínimos y para aumentar la dotación basada en las necesidades, incluso caso por caso, si ello fuera necesario.

Detrás de la crítica de Titmuss a los derechos al bienestar hay un aspecto de su carrera que se suele dejar de lado, pero que Stewart explora con más detalle: su cargo como vicepresidente de la Supplementary Benefits Commission, que era un nuevo organismo público establecido por el gobierno laborista en 1966 en sustitución del National Assistance Board. El NAB había gestionado prestaciones sujetas a evaluación socioeconómica destinadas a aquellas personas a las que el nuevo sistema de seguridad social creado después de la Segunda Guerra Mundial no otorgaba una cobertura suficiente. Se suponía que la Asistencia Nacional sería una categoría residual, pero, de hecho, incluyó a un número mucho mayor de personas (pensionistas, personas con discapacidad, madres solas) de lo que habían imaginado los fundadores del Estado del bienestar de posguerra. La creación por parte del Partido Laborista de derechos suplementarios tenía como objetivo señalar una nueva dirección en las prestaciones sujetas a evaluación socioeconómica, que alejara al Estado del espíritu de la Ley de Pobres victoriana que aún parecía impregnar el régimen de la asistencia nacional. Titmuss, evidentemente el máximo exponente del universalismo de las políticas de bienestar, asumió su papel con entusiasmo y se convirtió en un enérgico defensor del trabajo de la Comisión, enfrentándose a las objeciones que le planteaban antiguos aliados, como el estudioso de las políticas sociales Peter Townsend, y a las críticas provenientes del feminismo, que incluían célebremente las de la propia Oakley. Las feministas se opusieron con energía a la norma de la Comisión que impedía que una mujer no casada recibiera la correspondiente prestación si «cohabitaba» con una pareja masculina, dada la presuposición de que esta aportaría los ingresos al hogar. La norma se aplicaba mediante la consiguiente investigación, que suponía la intromisión en la vida personal de la mujer en cuestión por parte de los funcionarios de la Comisión. La opinión de Titmuss es que había espacio para formas selectivas de bienestar, que tenían la flexibilidad de responder ante las necesidades individuales, en el seno de un sistema que, por otro lado, era en su conjunto universalista. En un contexto así, las prestaciones sujetas a evaluación socioeconómica, lejos de estigmatizar a la población empobrecida, tenían el potencial de hacer que el Estado respondiera *mejor* a sus necesidades.

Aunque hoy en día ello puede parecer una postura ingenua, merece la pena yuxtaponer sus opiniones sobre este asunto con sus intervenciones en otra área importante de la política social: las pensiones. Titmuss y sus colegas habían tenido un impacto importante en la política de pensiones laborista de la década de 1950 argumentando que el sistema entonces existente de contribuciones de cuota fija para las pensiones públicas era regresivo, dado que sumía a la mayoría de la gente en una situación de pobreza cuando llegaba a una edad avanzada, a diferencia de lo que sucedía con el nivel de vida mucho más alto del que disfrutaban las personas que tenían acceso a una pensión profesional. Su solución era que las contribuciones a la pensión variaran de acuerdo con la renta, pero también modificar las prestaciones resultantes según los ingresos previos: este plan mejoraría la pensión pública básica, pero también reduciría el atractivo de los planes privados de pensiones, dado que se ofrecía a las personas en mejor situación económica pensiones en relación con sus ingresos. Además de implicar una redistribución de recursos de quienes ingresaban más hacia quienes ingresaban menos, el plan de Titmuss pretendía generar un enorme fondo de inversión gestionado por el Estado que pudiera emplearse para la modernización de la industria. Posteriormente, en 1975, se aprobó una versión aguada de este plan, pero para entonces había sido despojada de buena parte de su impulso socialista y apenas planteaba un desafío al sector en alza de los planes privados de pensiones.

Lo que todo esto demuestra, en el contexto de unos recursos económicos y un apoyo político finitos, es que Titmuss en último término abogaba por un Estado del bienestar que combinara servicios universales y beneficios uniformes con determinadas prestaciones calculadas en función de los ingresos y la diferenciación de los niveles de prestación. Algunos de sus colegas, en especial Townsend, interpretaron esto como un desplazamiento de Titmuss hacia la derecha a lo largo de su carrera, pero probablemente tenga razón Stewart al concluir que la creencia en algún tipo de selectividad dentro de un sistema en general universal no es en sí misma un movimiento conservador. Como señala Stewart, el problema en realidad era la postura defensiva de Titmuss ante los sistemas realmente existentes de verificación de los ingresos, claramente imperfectos y origen de un estigma innecesario. Igualmente, si la propuesta presentada por Titmuss sobre las pensiones se hubiera implementado por completo, ello habría supuesto un importante desplazamiento de la filosofía del bienestar social laborista (y británica) hacia lo que posteriormente se etiquetaría como un sistema de bienestar de corte más «socialdemócrata», caracterizado por un uso mayor de las prestaciones calculadas en función de los ingresos para vincular a la clase media a las provisión pública de las pensiones en lugar de ligarla al mercado privado. Un Estado del bienestar así diseñado, que hubiera atraído un nivel mayor de apoyo de la clase media, habría sido menos vulnerable al ataque político.

Stewart destaca que Titmuss fue una figura de talla internacional, influyente en los debates sobre políticas sociales en todo el mundo. Isla Mauricio y Tanzania (entonces aún Tanganika) le encargaron una asesoría sobre cómo crear un Estado del bienestar y Titmuss tuvo una buena relación con Nyerere, presidente de Tanzania y antiguo miembro de la Sociedad Fabiana desde sus tiempos de estudiante en Edimburgo. Es curioso que Titmuss recomendara en Isla Mauricio que el plan de seguro de desempleo estuviera condicionado a que sus receptores demostraran que estaban buscando activamente trabajo, algo a lo que se oponía tajantemente en Gran Bretaña. Visitó Israel, antes y después de la Guerra de los Seis Días. Titmuss tenía también buenas relaciones en los círculos legislativos estadounidenses, donde participó en los debates sobre la Guerra contra la Pobreza de Johnson. Tal vez su mayor influencia en los debates estadounidenses, sin embargo, procediera de su último libro, *The Gift Relationship* (1970), en el que elaboró una feroz crítica del uso de incentivos económicos para estimular las donaciones de sangre en Estados Unidos, comparado con el sistema voluntario o «altruista» vigente en Gran Bretaña.

El contexto de este último libro fue una serie de acerbados intercambios intelectuales con exponentes del liberalismo de mercado, que jalonaron los últimos años de vida de Titmuss, especialmente con miembros del Institute of Economics Affairs (IEA), influyente *think tank* y uno de los espacios intelectuales clave para la germinación del thatcherismo. Stewart correctamente presta mucha atención a este debate que en ocasiones fue muy agrio. La formación de la ideología del «neoliberalismo» en Gran Bretaña y en todo el mundo se nutrió de ataques contra personajes de un perfil alto, como Titmuss. Un aspecto clave del discurso de la Nueva Derecha fue que la tarea legislativa se encontraba bajo el dominio de tecnócratas pretendidamente neutrales que, en realidad, eran actores partidarios de la izquierda. La derecha tenía que desarrollar su plantilla de expertos rivales que pudieran batallar contra la izquierda en este terreno de lucha política. Titmuss se distinguió del resto porque se tomó muy en serio esta batalla ya en la década de 1960 en un momento en el que la mayoría de la izquierda consideraba aún a Friedman y a Hayek como figuras marginales. Titmuss siguió atentamente la labor del IEA, investigando su financiación y analizando sus publicaciones. En un momento dado, recibió la carta de un abogado del IEA, que objetaba categóricamente la afirmación que Titmuss había hecho por escrito de que se trataba de una organización con orientación política. Una de las publicaciones del IEA defendía que Gran Bretaña debía seguir el ejemplo de Estados Unidos y remunerar las donaciones de sangre para obtener así un suministro más estable para el NHS. *The Gift Relationship* fue la respuesta de Titmuss a este asunto y al neoliberalismo. Defendía que la mercantilización erosionaría el altruismo presente en el corazón del sistema

voluntario británico. En parte se trataba de un argumento económico y empírico, puesto que Titmuss señalaba que la calidad de la sangre que se donaba en Estados Unidos era peor que la británica, porque un sistema mercantil creaba incentivos para que donaran personas adictas a la droga o al alcohol, lo cual hacía más probable que las transfusiones de sangre en Estados Unidos contagiaran la hepatitis a sus receptores. Pero también señalaba una cuestión más general sobre la manera en la que las instituciones sociales que recurren a los incentivos materiales pueden «desplazar» otras formas de motivación intrínseca, como el altruismo, que él consideraba central para la provisión del bienestar social. El argumento de Titmuss, aunque él no lo expresara exactamente en estos términos, era que un sistema que trata a las personas como egoístas convierte el comportamiento social en algo más egoísta de lo que sería de otra manera.

*The Gift Relationship* es un libro convincente e incluso emocionante, que utiliza un tema que no podría ser más vital para el bienestar humano como las donaciones de sangre y a partir de él construye un alegato más general sobre la importancia del «derecho a donar», en la célebre expresión acuñada por Titmuss, para las políticas públicas. Pero está lastrado por un estilo de conocimiento experto de centro izquierda sobre las políticas públicas que ya estaba empezando a experimentar una menor receptividad. Titmuss murió en 1973, pocos años después de la publicación del libro, por lo que no vivió para ver la ascensión continuada del estilo de razonamiento del IEA sobre las políticas públicas a escala mundial. Su marco de referencia ligado a la agenda liberal de izquierda, basada en una versión moral del conocimiento experto sociológico (y antagonista respecto a la teoría económica), empezó a perder público en los pasillos del poder a medida que el lenguaje del mercado explotaba en el centro del discurso político de la década de 1980. Posiblemente se trataba de una marea que no se podría haber detenido pero, retrospectivamente, da la sensación de que los expertos y expertas del centro izquierda pusieron fácil al neoliberalismo describir a figuras como Titmuss como alejadas de las implicaciones económicas del Estado del bienestar. La paradoja es que, como hemos visto, el propio Titmuss basaba en razones económicas, tal vez de un modo un tanto furtivo, su argumentación en pro de la provisión de las políticas del bienestar social, como cuando la justificaba como la compensación necesaria de los costes que recaían sobre los individuos por circunstancias que ellos no habían elegido personalmente o, como se diría en términos económicos, por las externalidades correspondientes. Pero Titmuss estaba tan decidido a etiquetar su postura general como específicamente sociológica, que se alineó innecesariamente contra toda la fuerza de la profesión económica. Dada la autoridad social que para bien o para mal ejercen los economistas, una exitosa política del conocimiento experto liberal de izquierda hubiera hecho mejor en seguir al detalle

la intrincada defensa del Estado del bienestar elaborada por Titmuss en lugar de limitarse a emular su gran figura de guerrero contra el imperialismo de la ciencia económica.

La carrera de Titmuss también suscita una pregunta más general sobre la política de izquierda basada en las pretensiones de conocimiento de las ciencias sociales. Siempre existe el peligro de que un planteamiento de este tipo seduzca a sus exponentes a creer que las políticas con credenciales técnicas traerán sus propias recompensas electorales con independencia de la existencia de un relato político eficaz para popularizarlas. Titmuss era evidentemente un creyente apasionado y sincero en el Estado del bienestar, pero era también un símbolo de la asimilación de la izquierda socialdemócrata en el seno de la elite gobernante de mediados del siglo XX. Una manera de leer la vida de Titmuss es como la parábola del modo en que los éxitos tecnocráticos de la izquierda liberal y la prominencia pública de los expertos afines a ella como él mismo permitieron, en último término, que la nueva derecha populista, liderada por Thatcher y Reagan, se presentara como un grupo de rebeldes enfrentado al *establishment* contra las intelectualmente elaboradas ortodoxias izquierdistas, acusadas de haber perdido contacto con los intereses económicos del pueblo. Es una historia que nos suena. Reflexionar sobre dónde pudo equivocarse Titmuss, así como dónde tenía razón, podría ayudarnos a navegar las tensiones políticas comparables a las que hoy nos enfrentamos.

## Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

### Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

### Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

### Resto del mundo\*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

### Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a [nlr\\_suscripciones@traficantes.net](mailto:nlr_suscripciones@traficantes.net)